



Sin rodeos. Tres momentos de la breve alocución de Carles Puyol, que anunció su despedida del Barça al final de temporada en la ciudad deportiva. :: EFE Y REUTERS

El discreto adiós del gran capitán

Martirizado por las lesiones, Carles Puyol dejará el Barça, el club de su vida, al final del curso



IVÁN ORÍO

✉ iorio@elcorreo.com

Líder y símbolo del mejor equipo de la historia, el guerrero central leridano se irá del club blaugrana a los 36 años con un palmarés envidiable

BILBAO. Cuando era niño, en la casa de campo familiar, Carles Puyol (Pobla de Segur, Lérida, 13 de abril de 1978) se puso el traje de Superman que le habían regalado y se lanzó por una ventana cercana al suelo convencido de que podía volar. Aquel gesto no sólo obedecía a la ilusión propia de la infancia, sino que empezaba a dibujar el carácter indomable de un chaval que llevaba todo al límite. Si tenía una capa, intentaba volar. Si le daban un balón, lo convertía en su mejor tesoro. Si se lo quitaban, mordía hasta recuperarlo. Que se lo pregunten a su hermano Josep, a quien desper-



taba al amanecer con la pelota bajo el brazo para ir a jugar en la hierba de la finca y no le dejaba marcharse hasta que se ponía el sol. Uno acababa agotado. Al otro siempre le parecía poco, así que seguía y seguía con sus chuts y carreras, incluso

cuando caía la oscuridad. «Fue mi verdadero maestro», suele repetir el central del Barcelona cuando echa la vista atrás y recuerda sus primeros pasos en el fútbol.

Quizás nunca fue el chico más dotado para triunfar en el deporte rey,

Gesto con el Athletic. El central se ganó la simpatía de la afición rojiblanca al rendirle homenaje con una ikurriña en las finales de Copa de Valencia, en 2009, y el Calderón, en 2012 (en la foto). :: EFE

pero su tesón, su entrega y su capacidad para convertir el contagio anímico en una epidemia entraron pronto por los ojos de los cazatalentos del Barça, que se lo llevaron a su cantera sin pensárselo dos veces. Un cuarto de siglo después de pisar territorio blaugrana, Puyol, el gran capitán del mejor equipo de la historia y uno de sus principales iconos –el Málaga quiso ficharle antes de que diera el salto a la primera plantilla, pero él se quedó–, ha anunciado la retirada del club de su vida cuando finalice la temporada.

Martirizado por las lesiones en las rodillas en los últimos cuatro años, ha decidido marcharse y dejar en suspenso las dos campañas que le quedaban de contrato. No es una rendición –la capitulación nunca ha entrado en los planes del catalán–, sino el último acto de nobleza de un futbolista único que convierte los 90 minutos de los partidos en una exhibición de fe, pasión y profesionalidad. Sólo el pitido final del árbitro le despertaba de ese trance inigualable, una mezcla prodigiosa de hiperactividad y concentración.

Por voluntad propia, comunicó su adiós de Can Barça con discreción, sin rodeos y sin florituras, como se comporta en el terreno de juego.